

La Reliquia Cheyenne

Javier González Valdearcos

A mis padres por haber sembrado la semilla de la lectura en mí, por todas las renunciadas, todos los esfuerzos y todo el cariño que me han dedicado.

*A quienes han comprado mi anterior novela, **La Aurora Sioux**, a los que también invito a comprar la siguiente, **El Fuego Pawnee**.*

A Julio Peces Ruiz por su apoyo y a Edith Guadarrama por diseñar unas portadas tan espectaculares.

*A la Asociación Unicornio por apostar por mí en **La Aurora Sioux**.*

A todos mis conocidos y a mi familia, de quienes he recibido tanto ánimo.

A mi mujer e hija, por aguantarme en esos días de frustración, y sin embargo, seguir alentando mi obsesión por contar historias.

A Wakan Tanka, Maheo y Shungmanitu Tanka, por toda la fuerza y determinación que me regalan en cada aurora.



Dramatis personae

Aullido Lejano—Guerrero *sioux-oglala* convertido en buhonero.

Briznas al Cielo—Hija menor de Piedra Rota, líder de Tres Coyotes.

Noche en Calma—Joven mujer *cheyenne* del campamento de Bosque Claro, amante de Aullido Lejano.

Águila Blanca—Jefe tribal de los *cheyenne* de Bosque Claro.

Musgo Fresco—*Arapaho*. Hijo primogénito de Pluma Roja y esposo de Briznas al Cielo.

Piedra Rota—Difunto jefe tribal de los *sioux-oglala* del campamento Tres Coyotes, padre de Briznas al Cielo.

Pluma Roja—Difunto jefe tribal de los *arapaho* del campamento Roca Verde.

Pies Ligeros—Buhonero (comerciante) *cheyenne*.

Danza de Ciervos—Guerrero y explorador de los *cheyenne* de Bosque Claro.

Topo Soñador—*Cheyenne*. Padre de Noche en Calma.

Colmillo Roto—Jefe de guerra de los *apsaalooke*.

Diente de Castor—Jefe de guerra de los *cheyenne* de Bosque Claro.

Rama Verde—Esposa de Diente de Castor.

Ceniza Gris—Mujer *arikara* adoptada por los *cheyenne*.

Erizo Pardo—Guerrero *apsaaloike*.

Pino Alto—Líder de la partida de exploración de los *apsaaloike*.

Cielo Gris—Jefe de Guerra de los *sioux-oglala* de Tres Coyotes.

Capítulo 1

El invierno había castigado fuerte. Aullido Lejano, antiguo guerrero *sioux-oglala* del poblado Tres Coyotes, se había convertido en buhonero de la mano de un *cheyenne*, Pies Ligeros. Al recordar todo lo sucedido desde que él había entrado en su vida, desde que Tunkasila¹ había hecho que sus caminos confluyesen, el vello de la piel se le estremeció.

Revivió su precipitada salida de Tres Coyotes, las aventuras que compartió con él visitando y comerciando con las diversas tribus de las praderas, desde los grandes lagos del Este hasta las estribaciones de las altas montañas por donde el sol moría cada día. Recordó cómo se había alejado de Briznas al Cielo, la hermosa hija de Piedra Rota, antaño jefe tribal de Tres Coyotes caído en el devastador ataque de los *apsaalooke*.

Los buhoneros eran comerciantes, no importaba de qué tribu o poblado. Comerciaban con todo aquel que encontrasen en sus interminables viajes y contaban historias y noticias provenientes de todos los rincones y todos los pueblos. Eran considerados hombres

¹ Tunkasila: Una de las formas de nombrar al Gran Espíritu.

sagrados. La tradición hablaba de que el Gran Espíritu les protegía y maldecía a quien les infligiese daño.

A través de ellos, las noticias viajaban por la planicie y los valles que se internaban en las montañas, acompañando a sus mercancías, transportadas en estructuras de madera y ante tensado con tendones de ciervo o de búfalo y tiradas por sus leales perros y caballos. Las tradiciones de los pueblos eran conocidas y respetadas por aliados y enemigos. Los *apsaalooke*, *sioux*, *cheyenne*, *arapaho* o *inu-na-ina*, *pawnee*, *shoshone*, *uteh*, *kiowa* y tantos otros más se relacionaban entre ellos a través de estos mensajeros que llevaban y traían toda clase de minerales, artesanías, tejidos, pieles, armas y alimentos. Todo aquel crisol de tribus y de lenguas se interrelacionaba entre sí gracias a la figura de estos singulares comerciantes.

Los poblados se agitaban con su llegada, los niños gritaban y correteaban en torno a ellos. Los jefes tribales organizaban veladas especiales porque la información del buhonero era en ocasiones vital para la supervivencia y supremacía de la tribu. Las mujeres se alegraban y los chiquillos correteaban porque intuían que cosas buenas sucederían mientras aquellos aventureros duros, astutos y solitarios se quedasen entre ellos. Se encendía un buen fuego comunal, se bailaba y comía, se hacían encargos para próximas ocasiones y se ofrecía toda clase de género elaborado por los locales, que se trocaba con artículos necesarios o preciados que no se solían conseguir si no era a través de estos enigmáticos visitantes.

Aullido Lejano se dirigía de regreso al campamento Bosque Claro. Allí, en el poblado que le hizo *cheyenne* de adopción, podría conversar, fumar y bromear con amigos: Danza de Ciervos, Agua Roja y la hermosa Noche en Calma.

Al pensar en ella, Aullido Lejano sonrió. Qué gran regalo del Gran Espíritu. Qué bendición de otro dios, Maheo, para con un forastero como él. Un regalo de bienvenida a aquel pueblo que aún conservaba parte de sus tradiciones ancestrales, de una época anterior a su asentamiento en las praderas. Aunque los *cheyenne* habían adoptado con la salida de su tierra original, allá en el frío Norte, las tradiciones de nomadeo y caza de las praderas, con el tipi como estandarte de una forma de vida semi-itinerante, seguían manteniendo las costumbres de antaño. Construían casas aún en forma de cúpula con puertas adinteladas con maderos, que se repartían el terreno con los prácticos tipis. Cultivaban maíz y calabaza y recolectaban arroz, frutos y otros vegetales.

La joven *cheyenne* le amaba con el corazón abierto, le alegraba las mañanas con su energía y su sonrisa, le calentaba en las noches de invierno con el ardor de su escultural cuerpo y le refrescaba en las de verano con el sudor que emanaba de su piel al hacerle el amor.

Lamentablemente, el recuerdo de Briznas al Cielo se resistía a abandonarle por completo, aunque era cierto que aquella sombra poderosa que antaño parecía un diluvio para su alma, hoy era apenas una llovizna ocasional que sólo ocultaba de forma esporádica y fugaz la luz que había encendido la *cheyenne*.

Cada noche de cada día, con las estrellas y la luna de testigos, Aullido Lejano soñaba con ella, con aquella mujer que un día le rompió el corazón. Por ella había abandonado Tres Coyotes y partido con Pies Ligeros. Tres Coyotes, después de la tragedia de la incursión *apsaalooke* y la muerte de Piedra Rota, era liderado por Musgo Fresco, esposo *arapaho* de Briznas al Cielo.

Una racha de viento fuerte y helada sopló proveniente de aquellas montañas que le iban marcando el camino. El *sioux* dejó que sus

pensamientos fueran arrastrados por él. Dentro de muy poco estaría en Bosque Claro, compartiendo un buen fuego con Danza de Ciervos y Agua Roja. Comería carne caliente y dormiría arropado por unas confortables pieles. Con suerte, sudaría junto a Noche en Calma y abandonaría por unas noches la fría soledad del buhonero.

Los perros ladraron y Aullido Lejano azuzó al caballo. Los canes que llevaban la carga estaban recién relevados y apretaron el paso sin esfuerzo. Eran auténticos atletas que igual marchaban tirando de cargas como se enfrentaban aguerridamente a osos y lobos. Todo por un único propósito: servir a su amo. Aquellos liberados del tiro de *travois* se adelantaban y retrocedían reconociendo el terreno, alertando de posibles inconveniencias y guardando la línea de retaguardia. Entre otras muchas cosas, Pies Ligeros le había enseñado a querer a esos animales como a hijos.

Para cuando el buhonero llegó con su jauría a Bosque Claro, el sol ya se ocultaba tras las verdes montañas que lo circundaban. El campamento *cheyenne* se mostró ante sus ojos tan hermoso como siempre. Su contemplación cortaba la respiración, sin importar cuántas veces lo hubiese visto antes. Su acceso a través de la boca del circo que daba al Noreste se abría a la vasta llanura, hasta los dominios de la nación *sioux* y la frontera con los *parweene* y *arapaho*. A su espalda, laderas inclinadas y arañadas, repletas de impetuosos arroyos e infinidad de árboles de todos los grosores, alturas, colores y formas, sumergían a todo visitante en un mundo tan lleno de vida y magia que sólo podía ser motivo de leyendas.

El río Agua de Sangre llegaba al campamento desde la montaña y se perdía atravesando la pradera, donde se asentaba. Discurría bravo, ruidoso y juguetón, arremolinándose junto a las rocas y

pedruscos de su lecho, brincando en pequeños saltos de agua cada pocos tiros de flecha.

El campamento y sus tipis se repartían en su orilla Noreste sobre un manto de musgo, hierba y cantos rodados de un lecho abandonado ahora por el río, otrora más amplio y caudaloso. El tótem central del campamento estaba dedicado al lobo, al castor y al águila. Pintado de vivos colores, se había tallado sobre madera de cedro y vigilaba atento, como un sempiterno centinela, el valle y la pradera en todo su esplendor. Aullido Lejano lo saludó, respetuoso, al llegar. Uno de los vigías escondidos entre la espesura del bosque había hecho correr la voz de que un buhonero se acercaba al campamento. Al *oglala* le encantaba escuchar en los poblados los avisos, los diesel en la forma o lengua que fuese. Sentía que había alcanzado el objetivo de su viaje. Hablar con las personas, reír, relacionarse y jugar con ancianos y jóvenes le haría sentirse parte de algo de nuevo.

Cuando era guerrero, la vida se presentaba a veces anodina, motivo por el que muchos de sus compañeros siempre andaban buscando gresca, o instigando a las personas de influencia para provocar algún enfrentamiento con los vecinos enemigos y ajustar alguna cuenta pasada sin cerrar. Sus mentes necesitaban un conflicto.

El camino del buhonero, por otro lado, le había enseñado el placer de las cosas sencillas, el valor de la confianza y cuánto se echa de menos tener una mano amiga. Los caminos eran peligrosos y uno nunca sabía cuándo iba a necesitar la ayuda de alguien en ruta. Únicamente podía contar con sus perros y su caballo si algo acontecía. Pero pese a toda la confianza y el cariño que tenía a sus animales, extrañaba una voz con la que conversar o una espalda contra la que reposar en una noche de temores. Las ramas crujiendo al viento, las fieras del bosque, el bramar de los bisontes, el ulular del búho... Todo se tornaba una amenaza cuando el frío abrazaba y

el viento susurraba al oído pensamientos que uno creía enterrados en el pasado. Llegaba a hablar tanto consigo mismo que, cuando volvía a ser consciente de la soledad, esta se hacía aún más difícil de soportar.

Como era costumbre, los perros y los niños ya corrían hacia él cuando el buhonero llegó al campamento. Aullido Lejano trató de calmar a sus canes. Unos metros más adelante, Danza de Ciervos le esperaba firme, con las piernas abiertas y los brazos cruzados sobre su pecho.

El cabello negro del *cheyenne* ondeaba al viento como las ramas de un sauce llorón. Sólo una pluma de águila adornaba una trenza espesa que le caía por el medio de la espalda. Se cubría del frío con unos gruesos pantalones de ante adornados hasta la rodilla por flecos, y por unas polainas del mismo material arrebujadas a sus pantorrillas desde los mocasines. En su torso, una camisa de ante con incrustaciones en cuentas de color azul y rojo que dibujaban geométricas formas a la altura de la cintura y al final de las mangas. Una capa de plumas de aves le envolvía lanzando al día los destellos que el movimiento al ritmo del viento provocaba.

Aullido Lejano recorrió la distancia que les separaba y le abrazó con fuerza, acompañando el gesto con un gruñido. Varios insultos cariñosos y muchas palmadas viriles en la espalda completaron el ritual del reencuentro entre los amigos. El frío no invitaba a estar mucho tiempo fuera de la protección de los refugios, así que Danza de Ciervos le ayudó a apilar el género en la choza que le servía de almacén, al lado de su tipi, donde dejaba a Solitario y a Diablo al cuidado. Nadie entraría en aquella tienda sin su amo delante, no sin arriesgarse al menos a perder el brazo, de eso no le cabía duda. En cualquier caso, tampoco era necesaria tal medida de protección, pues el acto de robar era considerado deshonesto y cruel, y

únicamente se reservaba para ponerlo en práctica, gratuitamente, con *pawnee* y *apsaalooke*. Sólo entonces estaba justificado y visto como algo honroso, además de proveer de riqueza y fama.

Dentro del tipi, unas brasas calentaban la estancia decorada con mandalas y amuletos de todo tipo colgando de los vientos del ozan. Aullido Lejano imitó a Danza de Ciervos y se sentó. Ambos dejaron caer sus capas a sus espaldas.

—Gracias por preparar mi tipi y cuidarlo en mi ausencia, amigo.

—No fui yo. Ya sabes quién ha sido.

Aullido Lejano sonrió al imaginar a Noche en Calma preparándolo todo cuidadosamente, organizando, acomodando, limpiando, para tenerlo a punto para su llegada.

—Ha traído agua fresca de la parte más alta del cauce del río y te ha llenado esas vasijas de frutos y bayas del bosque.

—Le daré las gracias.

—No tardes en ir a saludarla. Está muy nerviosa desde que ha oído el aviso del vigía. No ha dejado de decir día tras días “será hoy cuando llegue”, y su cara se ensombrecía cada vez que el sol se tornaba naranja, a sabiendas de que debería esperar otro día más.

—La he extrañado mucho... Bueno, y a ti, y a Agua Roja, y a Pies Ligeros... ¿Qué es de él?

—Sabes que es un alma inquieta. Salió con la Luna de las Ciruelas Maduras² y dijo que no volvería hasta después de los hielos. Parece que ha intimado mucho con un campamento *shoshone* de las montañas.

—Vaya. Me apetecía verle. ¿Crees que le están calentando el lecho?

2 Luna de las Ciruelas Maduras: Septiembre

—Imagino —replicó el *cheyenne* con una mueca divertida—.
¿Quién si no va a querer irse a las montañas con los *tukudeka*³?

Las risas retumbaron en la cubierta del tipi. Sin embargo, el rostro de Danza de Ciervos se ensombreció repentinamente como el cielo cuando el sol es ocultado por una nube.

—Si no la cuidas, la perderás.

Aullido Lejano no hizo comentario alguno. Sacó su pipa de una saca que llevaba colgando a la espalda y la ofreció a su amigo.

El *cheyenne* encendió la pipa hecha en hueso y el olor del tabaco quemando inundó la estancia mientras el humo ascendía por el tiro y salía por el orificio sorteando el tapa-lluvias.

Con los ojos cerrados, Aullido Lejano disfrutó del aroma del tabaco y se dejó acariciar por el calor que le llegaba de las brasas. Aspiró y sintió el fuego entrar en su pecho. Cuánto echaba de menos aquellos momentos en las interminables jornadas de viaje. El silencio se prolongó hasta que Danza de Ciervos, con voz grave y pausada, abrió la conversación:

—Cuántas lunas sin vernos, hermano *sioux*. ¿Cómo te va entre perros y bárbaros?

—No tan bien como a ti entre hermosas mujeres y gruesas pieles, a juzgar por tu prominente vientre, hermano. Si te viera un *pawnee* pensaría que eres una hermosa mujer embarazada.

Danza de Ciervos observó cómo su barriga tensaba la piel de su camisola.

—Es la postura, *sioux* loco, o tal vez algún gas. Mi anciana abuela preparó hoy unos vegetales hervidos.

3 *Tukudeka*: *Shoshone* del Este, junto a las Montañas Rocosas.

El *cheyenne* rompió en una sincera carcajada a la que se sumó el recién llegado.

—Llegó la hora de quedarse en casa una temporada. Este ciclo ha sido un continuo deambular. Tengo ganas de jugar a los huesos algonquinos y reír con los chicos, montar a caballo y demostraros que los *sious* seguimos siendo los mejores de toda la pradera sobre ellos.

—Deja de decir sandeces. Hay cosas que no te voy a permitir aunque acabes de llegar —masculló Danza de Ciervos fingiendo indignación. Aspiró de la pipa, y tras exhalar el humo, preguntó con más seriedad a su amigo *oglala*, que le miraba desafiante—. ¿Vas a ir a verla, verdad?

—Me muero de ganas. Tan pronto como salgas de aquí me lavaré un poco para reparar el cansancio del viaje y me acercaré. Ardo en deseos de escuchar su voz.

—Ya, claro, su voz... Bueno, creo que es momento de irse. Bienvenido a casa de nuevo, *oglala*.